

Laura Mestre, helenista y traductora de Homero

Elina MIRANDA CANCELA

Abstract

This paper approaches the work of Laura Mestre in a two-fold manner: as the product of a Hellenist scholar and of a woman ahead of her time.

Un viejo refrán admonitorio de fatales consecuencias para la mujer que sabe latín encierra en pocas palabras toda la condena social que por siglos pesó sobre la mujer que pretendiera sustraerse al confinamiento familiar, patriarcalmente establecido, mediante el saber y la cultura. Laura Mestre, quien conscientemente optara por la soledad erudita, no pudo eludir del todo la norma prescrita en la citada sentencia, si nos atenemos al olvido suspendido sobre su nombre y su obra.

Si bien su quehacer intelectual, tan rico en facetas, no puede ceñirse, de manera alguna, a su labor como traductora de Homero, quizás sea esta la mejor forma de recordarla, si tenemos en cuenta la importancia que ella misma concediera a los poemas homéricos y su empeño expreso en publicar las traducciones que de ellos hiciera; afán infructuoso, puesto que, aún hoy, permanecen inéditas.

Se cumplía así en ella el viejo refrán que auguraba, en forma lapidaria, un final desaconsejable para la mujer que desafiara, a fines del siglo pasado y aún a comienzos del presente, los convencionalismos sociales y en especial se rebelara contra el prejuiciado estereotipo sobre la condición femenina que primaba por entonces. El legado de la helenista, quien, desde su soledad erudi-

ta, defendiera el derecho de la mujer a la independencia, a la dignidad y al saber, bien merece que lo rescatemos del olvido que amenaza cubrirlo.

Nacida en 1867 en una familia reputada por su cultura, Laura Mestre y Hevia tuvo acceso a una educación inusual para una mujer de su época. Ella misma afirma, en uno de sus escritos inéditos: «En mi casa estuvo resuelta la cuestión de la igualdad de la mujer, de su instrucción superior y había tendencia a evitar el matrimonio»¹.

Su padre, el Dr. Antonio Mestre y Domínguez (1834-1887), de familia modesta y huérfano de padre desde la infancia, supo aprovechar el apoyo brindado por un tío político y pronto, al igual que su hermano mayor, el filósofo José Manuel Mestre (1832-1886), se destacó por su laboriosidad y talento.

Estudiante de medicina, era considerado por Antonio Franchi Alfaro, profesor de griego de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana, como su mejor alumno, y sus compañeros de estudios médicos en París, solían contar cómo había merecido alabanzas del profesor de la Sorbonne en cuyos cursos de griego había matriculado de *motu proprio* para completar su formación en dicha materia.

Fundador de diversas empresas científicas, introductor de la teoría de Darwin en Cuba, sobresalía por su educación humanística, teniendo la cultura clásica como *alma parens*. De él diría el destacado intelectual y patriota Enrique José Varona (1849-1933), en el elogio que pronunciara a su muerte:

«De su preparación literaria, que había sido completa, sobre todo en el campo de las letras griegas y latinas, conservó el sello de cultura del que no se despojarán nunca su dicción ni sus conceptos, el gusto por la precisión y la claridad, que son a la elegancia del estilo, lo que la naturalidad a la elegancia de las maneras; mas de todo ello no hizo sino instrumento eficaz para el fin que señaló a sus aptitudes y a su ingenio, la investigación científica, el cultivo y la práctica de las ciencias»².

Solía el propio Dr. Mestre ocuparse de la educación de sus hijos: día a día, después de almuerzo, subía la escalera de la casona familiar de Jesús María, 26 para darles clases. Una vez completada la escuela primaria, Laura, con sus her-

¹ Las citas de Laura Mestre que aparecen en este trabajo han sido tomadas, a menos que se exprese lo contrario, de la papelería de la autora, archivada en los fondos del Instituto de Literatura y Lingüística, en la ciudad de La Habana.

² E. J. Varona y Pera, *Elogio al Dr. Antonio Mestre (10 de julio, 1888)*, Imp. De Soler, Álvarez, La Habana, 1888.

manos, recibía instrucción en su propia casa, tanto con las lecciones de su padre como de otros maestros. Cuando evoca su infancia, junto con los recuerdos de solaz y recreo en la finca de Güira de Melena, que siempre conservó, anota el contraste con los días de estudio y labor que no sin agrado llenaban su vida en la ciudad. Cuenta Laura que:

«Desde muy temprano me enamoré de los libros. Me entristecía la idea del matrimonio, y la deseché en absoluto de mi imaginación. «Laura no le tiene miedo a ningún libro», dijo un día mi padre al Dr. Finlay. En efecto, los autores que leía a los diez y seis años, eran Huxley, Darwin, Spencer, Haeckel, Molleschott y Büchner, los que iban fortaleciendo mi mente hasta ponerla en aptitud de encontrar una interpretación propia de la naturaleza, confirmada por estudios modernos».

Esta formación que posibilitaría a su hermano Arístides una fructífera carrera como profesor universitario en el campo de la biología, ha de tenerse en cuenta para comprender las posiciones que asume Laura Mestre ante la vida y el saber. Poseedora de una cultura notable, se inclina definitivamente por las letras, aunque nunca abandonara del todo el cultivo de las ciencias, a juzgar por la papelería que alguna vez pensó publicar agrupada en libros, y dentro de la cual se encuentran disertaciones y notas que demuestran su manejo de temas científicos y filosóficos, manteniendo el cultivo de la pintura, para la cual tenía buena disposición, como «arte de adorno», según su decir.

Muy joven, a los dieciocho años publica en la revista *La Habana Elegante* la traducción que hiciera, junto con su hermana Fidelia, de una novela francesa. Sabemos por sus notas que viajó por Italia y ya en 1893, cuando visita Florencia, conocía la ciudad de París, aunque posteriormente afirmara ser «enemiga de los viajes, como Tolstoy, a quien solo agradaba viajar a lo infinito».

Contrasta esa temprana presentación en la vida intelectual habanera con el silencio y retiro de toda acción social en que posteriormente se abroquela la escritora. Su primo, el filólogo y profesor universitario Juan Miguel Dihigo (1866-1952), estima determinante la frustración que experimentara al negársele la plaza de directora del colegio Heredia, después de dar prueba de su aptitud en oposiciones brillantemente defendidas. Su contrincante, respaldado por influencias políticas y seguramente por su condición de hombre, que mucho debe haber pesado dados los prejuicios de la época, fue el elegido, a pesar del éxito de Laura.

Muy quebrantada ante los frustrantes resultados de este intento de incorporarse al mundo académico, fuera de las bien protegidas paredes de su caso-

na familiar y del ambiente de igualdad ante el saber y el cultivo del espíritu en que su padre la había criado, no volverá nunca más a abandonar aquellos dominios donde se sentía segura y a salvo de mezquindades.

A manera de consuelo se dedica la joven al cultivo de su intelecto y consagra sus esfuerzos al dominio de la lengua latina primero y después de la griega, siempre en función de las literaturas respectivas, pues para ella el estudio de cada idioma siempre era un medio «para conocer mejor sus literaturas». De ahí que adopte y recomiende el método de Robertson o de traducción interlineal de textos literarios para el aprendizaje de las lenguas.

Si bien el humanismo clásico había presidido la enseñanza que recibiera de su padre, al que mucho respetó y amó, si ya desde antes había sentido afición por los estudios latinos y helénicos, este nuevo acercamiento y lectura cuidadosa, valiéndose de la traducción y el análisis en busca de disfrute y comprensión cabal, le hacen descubrir, primero en los latinos y luego, con mayor profundidad y belleza, en los griegos, el ideal de realización intelectual y moral con el que se identifica.

La conjunción de fantasía y espíritu positivo que advierte en la Grecia clásica y que tan bien se aviene con su propia formación, la entusiasman, de tal modo que toma como paradigmáticos el arte y la filosofía de los griegos, en tanto ostentan cualidades que, según su modo de pensar, han de estar presentes en la educación de los jóvenes.

Llegará a proponer que se rechace «la cosmogonía hebraica, que pugna con la ciencia» y sean la *Iliada* y la *Odisea* los libros que se den a la juventud, a fin de que esta se eduque en los ideales de verdad y saber, honradez y valor propendidos por la cultura griega; para concluir, en el escrito que titula «Imitemos a Grecia», con la exhortación a «estudiar la obra de los sabios de nuestra edad, sucesores de los griegos y renacentistas, y procuremos las ideas y descubrimientos en un radio cada vez mayor, hasta comprender a toda la humanidad».

Entendemos a la luz de estos conceptos que la Srta. Mestre, buena conocedora de las literaturas francesas, italianas, española, cubana, de la teoría literaria, de la lingüística y del arte, según demuestra en sus escritos, se preocupe por dar a conocer, en primer lugar, en la *Revista de Letras y Ciencias*, de la Universidad de La Habana, su propuesta de método para el estudio de la lengua griega a partir de los textos homéricos y su traducción del canto II de la *Iliada*, interrumpiendo así el silencio y el retraimiento en que a sí misma se había confinado, y que en 1929 iniciara la publicación de sus libros, al hacer editar sus *Estudios Griegos*, a los que seguiría, al año siguiente, un libro titulado *Literatura moderna. Estudios y narraciones*. En ellos se trasluce el afán didáctico, hasta en la breve muestra que decide dar a conocer de narraciones de su pro-

pia cosecha. Razón tenía Camila Henríquez Ureña (1894-1973) al señalar que «la vocación esencial de Laura Mestre fue la docencia»³.

Para ella el arte era el mundo al que el artista dotaba de vida, a la manera, según estima, que «Dios infunde la vida en la naturaleza». De ahí el lema que a modo de sello hará estampar en la página inicial de sus libros: *Non inferiora secutus*. Pero la obra de arte implica, a su modo de ver, la marca del artista, ideas y cualidades, sin obviar que éste debe saber *escoger y espigar*. A su vez considera que la crítica, aunque participe en la evolución del arte, ocupa un puesto inferior al de la producción artística y, por tanto, no puede menos que deplorar que quienes la ejercen pretendan imponer su dominio sobre la inspiración del artista.

Estas consideraciones en torno al arte, la literatura y el papel de la crítica, junto a su vocación educadora, conforman sus libros de manera consciente. Dispone, como dejó anotado, que cada uno de ellos abra con un estudio de corte fundamental para la materia en torno a la cual agrupa sus escritos: de modo que inicia *Estudios Griegos* con «Lecciones de lengua griega sobre el texto de Homero», mientras que una disertación sobre teoría literaria abre el de «Literatura Moderna»; en tanto que para la presentación de autores y géneros, más que análisis y observaciones críticas, opta por la lectura comentada, único método que, al decir de Camila Henríquez Ureña, «resulta realizable la enseñanza literaria», como asienta al subrayar el carácter magisterial de la obra de Laura Mestre con palabras en que tal parece describir su propio ideal pedagógico. Argumenta Camila sobre el libro de Laura:

«Sus ensayos presentan con encomiable claridad la materia a estudiar: el poema que interpretar, el pasaje en prosa que comprender, la escena dramática en que participar. Y con su exposición sencilla, pero respetuosa de la calidad literaria, logra que el lector, irresistiblemente transformado en alumno suyo, se sumerja en la lectura de las obras, vibre con las emociones o medite con las reflexiones que en ellas han vertido los autores; que, como debe hacerlo todo genuino lector, se convierta hasta cierto punto en coautor de lo que lee»⁴.

En efecto, al pasar revista a sus *Estudios Griegos* comprobamos que no se trata de una mera recopilación de artículos, sino que, al pasar revista a los tres

³ C. Henríquez Ureña, «Laura Mestre, una mujer excepcional», *Estudios y Conferencias*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1982.

⁴ *Ibid.*

grandes géneros poéticos de la antigua Hélade, al concepto de la historia clásica, los cantos populares de la Grecia moderna, para culminar con la comparación de Ruth y Nausicaa, resalta, como propósito unificador, el afán por inducir a la lectura de los textos y preparar el ánimo del lector para que sea capaz de apreciar las cualidades esenciales y formativas de esta literatura, así como su resonancia posterior.

Por ello, la conclusión que cierra su último artículo, luego de constatar la afinidad entre el poeta de la Odisea y nosotros⁵, es, a la vez, aplicable al libro como un todo y su explicación última: «Por esta razón, el mundo helénico encuentra un eco simpático en nuestros corazones: en esa bellísima literatura está la cuna de nuestras ideas, el germen de nuestros sentimientos, la luz más esplendorosa que irradió en remotas edades la mentalidad de los pueblos de nuestra raza»⁶. Se entiende, pues, a la luz de estas razones la vehemencia de su propuesta y esfuerzos en pro de que los textos homéricos devinieran la base de sustentación de la educación de los jóvenes.

Al morir Laura Mestre, en 1944, entre sus papeles quedaron varios libros preparados para su publicación y las traducciones de la *Ilíada* y la *Odisea*, de las cuales, al hacer un rápido balance de su vida, anotaba su edición como el único deseo pendiente, en lógica correspondencia con el papel formativo que les asignaba:

«Desde niña, dice, creímos en que había dos caminos para la mujer, muy distintos uno de otro. Con entera convicción, me defendí como un tigre del matrimonio, y así salvé mi espíritu y mi vida. La mujer de cerebro y la mujer vulgar son muy diferentes. Ahora solo deseo poder publicar mis traducciones de la *Ilíada* y la *Odisea*».

Lamentablemente murió sin haber logrado su propósito. Sus traducciones de los poemas homéricos, «directamente del griego enmendando los pasajes dudosos», como la propia Laura destaca, permanecen inéditas, junto con otros libros manuscritos y su papelería, en los fondos del archivo del Instituto de Literatura y Lingüística, en La Habana.

Aunque conocedora del inglés, del francés y del italiano, aparte del latín y del griego, como ella misma declara, fuera de la traducción de la novela *La sombra*, que hiciera a los dieciocho años, no publicó ninguna otra, a excepción

⁵ Cf. L. Mestre, *Estudios griegos*, Imprenta Avisador comercial, La Habana, 1929, p. 267.

⁶ *Ibid.*, p. 267-268.

de la que hiciera del canto II de la *Iliada*, la cual le valiera elogios del barcelonés Luis Segalá y Estalella (1873-1938), cuyas versiones homéricas han gozado de justa aceptación a lo largo de este siglo.

Sin embargo, en los escritos agrupados en su libro *Estudios Griegos*, dado el método de lectura comentada que adoptara, se encuentran, además de la anteriormente mencionada versión del canto II y las que realizara de pasajes del canto I de la *Iliada* para dar a conocer el método por ella propendido para el aprendizaje de la lengua griega, traducciones de poemas o de fragmentos de líricos, trágicos e historiadores de la Antigüedad clásica, diseminadas en los distintos ensayos, así como de cantos populares de la Grecia moderna; hecho este que le agrega a su condición de primera traductora cubana de los clásicos, de primera mujer helenista en Cuba, el de ser también quien introdujo en este país el estudio de la literatura griega posterior.

El esfuerzo, sin par en la historia de la traducción en Cuba, y posiblemente en Latinoamérica, de ofrecer su propia versión de los poemas homéricos, de manera íntegra, responde, indudablemente, a su ideal para la formación de la juventud y su valoración de los textos atribuidos a Homero.

En una de sus disertaciones manuscritas asienta que en estos poemas «se siente la fragancia del amanecer del mundo, de la primavera del universo». Palabras que hace evocar aquellas de nuestro gran hombre de letras y prócer de la independencia, José Martí (1853-1895), cuando anotaba: «no hay goce como el de leer a Homero en el original, que es como abrir los ojos a las mañanas del mundo»⁷. Feliz coincidencia, puesto que Laura Mestre no menciona en sus escritos la obra martiana, que se comenzó a publicar en Cuba ya comenzado el presente siglo, mientras que parte de ella, como los *Cuadernos de apuntes*, solo vieron la luz en fecha posterior a la muerte de la helenista.

Continúa Laura Mestre en la referida disertación exponiendo aspectos que considera esenciales al enfrentar la traducción de los textos homéricos: en primer lugar, el no alterar su estilo; para inmediatamente exhortar: «No seamos traidores sino intérpretes de la verdad, a veces desnuda, a veces trágica de su lenguaje; pero también revelemos la infinita poesía de sus cantos». No obstante, está bien consciente de las dificultades de su propuesta. «Traducir del griego al castellano», nos dice, «es copiar en yeso una obra en mármol», y apunta como principales escollos:

«La espléndida lengua clásica puede expresar varias ideas en un solo vocablo y los matices más delicados del pensamiento con el uso de partículas

⁷ J. Martí, *Obras Completas*, Ed. Nacional, La Habana, 1963, t. 13, p. 403.

conjuntivas, que también suplen la puntuación. La versión de los epítetos, tan frecuentes en Homero, es una de las dificultades mayores, pues el sustituirlos con una palabra es omitir ideas y el explicarlos con una frase, es perder la concisión y sencillez del estilo».

Para que el lector se dé cuenta cabal del problema recuerda que en nuestra lengua existe lo que llama «el barrio griego», voces técnicas de ciencias y de artes industriales, cuyo sentido comprende varias ideas expresadas sintéticamente. Para concluir haciendo referencia al hipérbaton que impera en los textos clásicos, muy superior al admitido por la lengua española, puesto que en ellos «un simple final de voz, o una palabra a la terminación de un periodo, dan la clave del sentido».

Termina su escrito haciendo alusión a los autores que desde la propia Antigüedad se ocuparon de Homero, haciendo mención de estudiosos y traductores —algunos también nombrados por Martí en rápida, pero crítica, revisión para los jóvenes lectores de *La edad de oro*⁸—, que muestran los vastos conocimientos que del tema tenía la estudiosa cubana.

Al acercarnos a la versión de la *Iliada* de Laura Mestre, sentimos que no sólo ha tenido siempre en mientes los presupuestos por ella misma expuestos, sino al posible lector en cuya formación desea obrar, al ponerlo en contacto con los textos homéricos. Procura con sencillez y elegancia, muy a tono con su ideal de estilo, plasmar la belleza del texto homérico, sin traicionar los requerimientos de la lengua española.

A su afán didáctico hemos de remitirnos como causa de su selección de los nombres romanos de los dioses o el uso genérico de *griegos* como marca de unidad de una cultura cuyos valores no solo admira, sino que de ellos se siente heredera; o de que, en conjunto, prime un lenguaje más cercano al del lector que el que se observa en otras traducciones, como la de Segalá, de 1927, con un matiz arcaizante y que no desprecia cierto artificio en la acuñación de algunos términos.

Prefiere la traductora cubana el uso de ‘bandas’ (στέμματα), en vez de ‘ínfulas’, o de ‘perniles cubiertos de grasa’ (πίονα μηρία), antes que ‘pingües muslos’, con lo que facilita al lector la comprensión de costumbres muy alejadas de sus circunstancias. En otras ocasiones busca precisión, como cuando traduce Argólida, aunque Homero use Ἄργος, puesto que ella misma aclara en sus «Lecciones de lengua griega sobre el texto de Homero» que «esta ciudad pertenecía a Diomedes y Agamenón reinaba en Micenas. Con frecuencia

⁸ Cf. Martí, *op. cit.*, T. 18, p. 331-332.

en Homero se encuentra Ἔργος significando la Argólida»⁹; mas sin reparo traduce ἐμὸν λέχος ἀντιαόωσαν, tal como lo dice Homero, ‘compartiendo mi lecho’, frente al eufemístico ‘aderezando mi lecho’ que hallamos en Segalá.

Al usar un lenguaje más cercano a su posible lector cubano, también propicia un mayor frescor y, en ocasiones, un efecto más cercano al que Homero pretende, como cuando Agamenón encolerizado llama al sacerdote Crises: γέρον, ‘viejo’ y no el más respetuoso ‘anciano’; o al espetarle Aquiles οἴνοβαρές al rey de Micenas, ‘bebedor’ y no el más rebuscado ‘ebrioso’, o cuando utiliza por ἄγε el coloquial ‘vamos’, tan usado por los cubanos, en lugar del castizo ‘ea’, lo cual responde al «carácter ingenuo y espontáneo», que le atribuye la filóloga a estos poemas¹⁰.

También en los epítetos se refleja el mismo patrón que guía su selección, al elegir el adjetivo ‘certero’ para calificar a Apolo, y aunque no vacila en usar la perífrasis cuando la lengua española no le brinda otra opción, prefiere llamar a Juno, por ejemplo, ‘de ojos grandes’ en vez ‘de ojos de novilla’, o ‘de blancos brazos’.

Tampoco vacila en apartarse un tanto de su apego al texto homérico cuando lo cree necesario para mejor ofrecer el sentido, el espíritu que, a su parecer, anima la letra. Así prefiere ‘de brillante armadura’ y no ‘bien calzado’ o ‘de brillantes grebas’, al aclarar que Homero usa εὐκνήμιδες *por sinécdoque*¹¹; del mismo modo traduce κοίλησι νηυσί, junto a las espaciosas naves, pues entiende que el adjetivo homérico que subraya lo hueco de estas embarcaciones más bien alude a su capacidad de mucho calado que a su forma.

Ese deseo de claridad, sin perder de vista su sentido de la elegancia de estilo, en cuanto a la expresión castellana, se muestra en giros como ‘para hacértelos gratos’ en lugar del adjetivo ‘gracioso’ (χαρίεντα) referido al altar de Apolo en la súplica de su sacerdote; ‘por primera vez, separó una disputa’, frente al literal ‘se separaron disputando’ (τὰ πρῶτα διαστήτην ἐρίσαντε), con que Homero presenta la causa de la funesta cólera; o como cuando traduce el famoso símil sobre Apolo —ὁ δ’ ἦε νυκτὶ εἰοικώς (I,47)— ‘parecía la noche que se acercaba’.

Estos pocos ejemplo tomados de pasajes del canto I por ella publicados, sirven para mostrar cómo procura soluciones satisfactorias, acordes con sus puntos de vista, a los problemas de la traducción y cómo su vocación educadora, presente en otros aspectos de su obra, también se transparenta en sus

⁹ Mestre, *op. cit.*, p. 22.

¹⁰ *Ibid.*, p. 266.

¹¹ *Ibid.*, p. 16

traducciones, sin que ello implique desmedro de la calidad literaria de la versión. Sirvanos de ejemplo el inicio de su traducción del segundo canto de la *Iliada*: «Decidme ahora, musas que habitáis los palacios del Olimpo y vosotros, diosas que lo veis y los sabéis todo —nosotros oímos solamente el rumor de la fama y nada sabemos— quiénes fueron los jefes y los príncipes de los griegos»¹².

Por otra parte, no ha de entenderse la comparación establecida, en aras de la brevedad, con la traducción de Segalá, de todos conocida, como juicio de valor para asentar la superioridad de una u otra. Se trata de dos opciones igualmente valiosas, sustentadas en el conocimiento cabal de los textos y en la propia óptica con que el traductor asume su papel de intérprete, tal como deseara la propia Laura.

Indudablemente la lengua homérica resultaba ya para los oyentes griegos a quienes se dirigían los poemas, arcaica y artificiosa, carácter que Segalá aprovechó y supo recoger. Laura Mestre subraya el frescor de los poemas y el paradigma de valores en que se debía formar la juventud; de ahí que sin traicionar a Homero, manteniendo la sencilla elegancia y belleza del texto, usara un lenguaje más cercano al del posible lector, el cual sin necesidad de otros auxilios filológicos, podría al mismo tiempo disfrutar y captar adecuadamente el sentido del texto homérico. Desea, indudablemente, trasladar al lector la sensación que ante ellos experimenta la traductora: «Diríase que el poeta», afirma Laura, «narrador de cosas pasadas, piensa y siente con nosotros»¹³. Como bien definiera José Martí, la traducción solo puede ser entendida como un acto de transpensar¹⁴.

La compenetración de la cubana con los textos homéricos se pone también de manifiesto, de manera muy clara, en algunas de las pocas narraciones de su propia cosecha que decidiera recoger en su libro *Literatura Moderna*. De las ocho antologadas, solo la primera, *Helena de Troya*, como evidencia su título, no solo toma asunto en la antigua leyenda, sino también nos muestra a Laura como moderna homérica en su rejuego intertextual, al recrear personajes, ambiente, técnicas y lenguaje, pero eligiendo como centro de su interés a personajes femeninos.

Aunque el relato se abre con Helena, a la que describe «semejante en belleza a la palmera de Delos», no tarda en centrarse en su hija Hermione, joven doncella con evocaciones de Nausicaa, a la que el engaño y la traición trans-

¹² *Ibid.*, p. 47

¹³ *Ibid.*, p. 267.

¹⁴ Cf. Martí, *op. cit.*, T. 24, p. 16.

forman en el antecedente del personaje tal y como aparece en la tragedia *Andrómaca*, de Eurípides.

Los sentimientos que animan a la joven nos los presenta entonces con tintes homéricos: «Mucho más que estos consejos de Helena, valieron a Hermione las sugerencias del orgullo que hacía rugir su corazón, como el león enfurecido que anhela devorar la presa». Atenea sigue velando por la suerte de los aqueos, pero ahora aconseja en sueños a la atribulada muchacha enamorada, intervención que no deja de sorprender en tan aguerrida diosa y no falta el aedo que canta pasajes de la *Iliada*. Mientras que en *El sepulcro de plata*, de asunto al parecer contemporáneo a la autora, no tarda en mostrarse el paralelismo con la escena de Priamo frente al matador de su hijo, para resaltar la vigencia, o más bien, la contemporaneidad de la actitud asumida en el pasaje homérico.

Si bien ante la labor intelectual y literaria de su prima, Dihigo no encuentra mejor elogio que apropiarse del juicio ya célebre de un crítico en relación con Gertrudis Gómez de Avellaneda, novelista, dramaturga y poeta, el cual no encontró mejor forma de expresar su admiración, dentro de los cánones sexistas, que asegurar que quien lea sus obras sin conocer el nombre del autor, «no soñaría siquiera en atribuirle a una mujer»¹⁵; los escritos de la propia Laura nos muestran cómo desde muy temprano estuvo consciente de las limitaciones a que la mujer estaba sujeta y procuró la defensa de su independencia y dignidad, aunque sin sustraerse del todo a la marginación de la que pretendía escapar.

Afanosa buscadora de la verdad y de su propia comprensión de la naturaleza, no vacila en declarar que de los templos desertó al parecerle el culto «tan extraño y tan antiguo como los de Persia y Egipto», sin desprenderse, aclara, de la moral que en ellos se predica, pero rechazando «cuanto afecte a la dignidad humana». Por ello su ira se desata al considerar cómo la sumisión de la mujer predicada en las iglesias ha conspirado contra la personalidad femenina, En «Los enemigos de la mujer» escribe:

«¿Qué le debe la mujer a la tutela eclesiástica de tantos siglos? En la vida religiosa, la sumisión a un dogma inaceptable a la sana razón, su alejamiento de las personas de distinto criterio, la dedicación de su tiempo a lecturas y prácticas religiosas capaces de idiotizar a los más inteligentes, la anulación de la voluntad personal en las asociaciones llamadas conventos.

En la vida social de la mujer, la dominación del clero significa una influencia extraña y hostil en el hogar doméstico, la confesión de su vida íntima y la

¹⁵ J. M. Dihigo, «La primera helenista cubana», discurso leído el 19 de marzo de 1944 en la Universidad de La Habana y conservado en el fondo Laura Mestre, del Instituto de Literatura y Lingüística en La Habana.

de sus familiares, la pérdida de su lugar en la esfera de la civilización, y siempre y en todo lugar el desprecio de sí misma, la humillación de su sexo, que se pone de rodillas en los templos, mientras el hombre permanece en pie; porque la mujer ante la opinión eclesiástica es la compañera de la serpiente, la tentadora, la páfida y gárrula confidente cuyos defectos explota el sacerdocio.»

A esta dominación se le atribuye, por tanto, el que la mujer no ocupe el lugar que le corresponde como ser humano y considera Laura que a tantos siglos de opresión y servilismo debe atribuírsele el que para entonces no hubiera ya emergido como entidad social «la mujer sana, buena amiga, inteligente y culta».

La moda, como sinónimo de frivolidad, es incluida por la escritora entre los enemigos femeninos, en tanto falsea su verdadera naturaleza y los valores cuyo cultivo la harían realmente atractiva. No cree en modas, ni en el vestir ni en el arte, de manera que cuestiona: «Si encontramos que una moda es útil, cómoda y bella, ¿por qué cambiarla por otra?». Con ánimo ecologista se horroriza ante el uso de pieles y plumas que «suele causar la muerte de inocentes animales» y se burla de aquella que se engalana de tal manera: «Adornarse la mujer con pieles de mono es ponerse la piel de sus primos».

Un tercer aspecto, al que suele referirse en escritos y narraciones, es el que expone en «El problema femenino», al plantear: «A la verdad, es difícil ponerse de acuerdo sobre el valor moral de las mujeres, pues mientras resultan buenas esposas y madres, y compañeras inapreciables para el hombre, entre sí no pueden ser más díscolas y desconsideradas».

Sin embargo, después de explayarse contra la perversa disposición femenina en relación con sus congéneres, en prosa evocadora de la célebre sátira de Semónides contras las mujeres, busca la causa de tan reprobable comportamiento en la competencia en que la sociedad coloca a la mujer en pos de un matrimonio como único destino y razón de ser. Al sopesar que «en todas las generaciones quedan muchísimas mujeres sin recursos y sin amparo, destinadas a llevar en el alma el dejo amargo de un ideal fracasado», propone la creación de comunidades laicas de protección y cultura para la mujer.

Así pues, sobrepasando ironías y denuestos contra la que en alguna ocasión calificara de «vulgar» en oposición a la «de cerebro», sin advertir que ella misma se vuelve eco de prejuicios, Laura Mestre percibe el sustrato social de tales comportamientos, incompatibles con su idea del deber ser femenino.

En «Talentos malogrados», al hacer objeto de su reflexión la tardanza de «la mujer cubana en alcanzar el nivel de cultura que se le debía a la par del hombre», para citar sus palabras, expone la situación de inferioridad en que se le mantiene en relación con la instrucción.

Rebasa, por tanto, la helenista la visión polar que, dada la consideración del papel de la mujer en su época, había marcado su propia vida, entre matrimonio y saber, como destinos paralelos, y reclama el acceso a la instrucción y al cultivo intelectual para la mujer en general, aduciendo que, si bien para el matrimonio la cultura en la mujer no es un obstáculo, sino que más bien puede favorecerlo, la que ha nacido, como afirma: «Para cultivar las letras, la ciencia o el arte, seguirá su irresistible vocación sin vacilaciones ni dificultades, educándose siempre a sí misma, con otro ideal también superior, contribuyendo con su labor intelectual a darle honor y prestigio a su patria».

A pesar de su retiro y su dedicación al cultivo espiritual, Laura Mestre no dejó de interesarse por las circunstancias que la rodeaban. En algunos de sus escritos se preocupa por el pauperismo en Cuba, los problemas de la educación y la creación del personal técnico necesario para el desarrollo del país, pero es, sin duda, el derecho de la mujer a la independencia, a la dignidad y a la educación lo que más la motiva, y si bien tales escritos no fueron nunca publicados, ni se pueden fechar con seguridad, no es menos cierto que semejantes puntos de vista se encuentran en narraciones que estimó conveniente publicar, al tiempo que ella misma preparó mucho de sus textos para darlos a editar y que, desde muy joven, estos principios conformaron su pensamiento y opción vital.

No fue, sin embargo, fácil el camino elegido. Más de una vez debe haberse cuestionado y angustiado, como confiesa en «Monólogo»:

«Despertéme del más profundo sueño, y con la mente lúcida me interrogué a mí misma: ¿quién soy? ¿qué he deseado? ¿por qué mientras los demás corrían tras el amor o el dinero, yo he permanecido indiferente? ¿acaso no es posible vivir sin tales cosas?»

He deseado la paz y el saber, he buscado la verdad ¿qué tengo? La más culta serenidad del espíritu, la *sofrosine* de los griegos, una mente que me distrae como un teatro interior; la verdad que viene a mí encuentro espontáneamente.

Pero el saber es un abismo sin fondo, un mar sin orillas; mientras más avanzo, más me pierdo en lo infinito. Mi pecho exhala un gemido de dolor ante el vacío irremediable, y pienso con Goethe que ninguna ruta humana conduce a la verdadera felicidad».

A pesar de su formación, cultura y talento, Laura Mestre, como, en ocasión del centenario de su nacimiento, lamentara Loló de la Torriente¹⁶, no escapó

¹⁶ Cf. L. de la Torriente, «Laura Mestre», *El Mundo*, La Habana, 14 de abril de 1967, p. 4.

al sino de otras mujeres insignes de nuestras letras en el siglo pasado, las cuales, agobiadas por la ruindad y pequeñez del medio, prefirieron crear en silencio, de modo que la acción de su obra quedó confinada al círculo doméstico.

Fue ya entrado este siglo, conocedora de que se acercaba al término de su vida, que la humanista, tanto en el sentido estrecho de quien cultiva los *studia humanitatis*, como en la acepción más amplia que usualmente le conferimos al término, sintió la necesidad de dar a conocer su obra, de modo que otros también pudieran acceder al cultivo de los ideales y comprensión del mundo en que ella había encontrado su razón de ser.

Como no era ajena a su entorno, quiso de alguna manera colaborar en la formación de las nuevas generaciones, vocación magisterial a la que ella misma había cerrado las puertas, al retirarse de toda acción pública, después de su primer y decepcionante intento. Prepara entonces la edición de sus libros y de su traducción de los poemas homéricos, teniendo en cuenta su convicción de que la mujer, si se le facilitara el acceso a la ciencia y a la cultura, podría contribuir «con su labor intelectual a darle honor y prestigio a su patria». Sin embargo, solo alcanzó a publicar los dos libros ya mencionados.

Ello explica, en alguna medida, el que la mayor parte de su obra, incluyendo las traducciones de los textos homéricos por las que tanto se afanara, permanezca archivada e inédita, mientras que su nombre apenas es recordado como helenista entre quienes mantienen el cultivo de las letras clásicas.

Aunque muy larga y prolija es la historia de las traducciones homéricas, Laura Mestre, en Cuba y probablemente en Latinoamérica, ha sido la única en enfrentarse a tan ingente labor; sin olvidar que en el mundo de los estudios clásicos son contados los nombres femeninos entre quienes los cultivaron antes de la última mitad del presente siglo.

Mujer de vasto saber, escritora de diáfana elegancia, helenista, traductora de Homero, anticlerical y defensora de la independencia y dignidad de la mujer; en fin, eminente humanista, su personalidad se destaca, aun desde su retiro y soledad. Sería, por tanto, un deber y una honra hacer públicas sus traducciones de los poemas homéricos, como tanto deseara, y que su nombre ocupe el lugar que le corresponde en la historia de los estudios clásicos y en nuestra cultura.

Elina MIRANDA CANCELA
Universidad de La Habana